

Estoicismo: una ética para el noble en la Corte

Adolfo Carrasco
(Universidad de Valladolid)

En enero de 1644 se estrenó en París, con gran éxito, la tragedia histórica *La mort de Sénèque*, escrita por Tristan L'Hermite. La trama se centraba en la fracasada conspiración senatorial del año 65, encabezada por Gayo Calpurnio Pisón, que pretendía asesinar a Nerón. L'Hermite mostraba la absoluta maldad neroniana, como se hacía habitualmente en las recreaciones de este emperador maldito, pero introducía la novedad de que los personajes de los conjurados, el propio Pisón, el joven poeta Lucano y los otros, no eran presentados con mejores tintes morales. Fruto de los desatinos de unos implicados inconstantes, frívolos, ambiciosos, egoístas y cobardes, la conspiración queda abocada, desde el principio, al desastre; por fin, destapada la trama por una traición, casi todos los implicados se suicidan o son ejecutados.

¿Y Séneca? A pesar del título de la obra, tiene un papel pequeño — aparece sólo en tres de los cinco actos—. Los implicados quieren que se una a ellos, pero Séneca manifiesta que no puede participar en un complot en contra de su antiguo discípulo, aun siendo consciente, él más que nadie, de sus crímenes. Además, dando muestras de inteligencia política, se muestra muy escéptico respecto de las posibilidades de éxito de la empresa, por la frágil contextura moral de los juramentados. Aunque aparezca poco, el Séneca de la tragedia es el estoico perfecto, una especie de conciencia de la vida política y privada que, en la lógica del drama, es una víctima de las ambiciones y las debilidades de unos y otros. Su integridad, al final, lo lleva al suicidio, la muerte digna del sabio estoico. Sin embargo, L'Hermite apunta en la muerte de Séneca un mensaje pesimista: la imposibilidad de que el sabio habite en la política o simplemente sobreviva entre los peligros de la corte.

Esta obra de teatro plantea el problema de la relación entre la nobleza y el poder de forma extrema. La cuestión que se expone es la legitimidad de la respuesta violenta al gobierno absoluto del rey y el papel que jugaría en ese enfrentamiento la ética estoica. Pero nos da el pie para afrontar un asunto mucho más general, que es la vinculación de las noblezas europeas con la ética del estoicismo y su proyección cortesana. Para ello, acotaremos un campo de reflexión limitado por tres premisas:

1. Existe un estoicismo nobiliario consistente en adaptar los principios éticos de la vieja *Stoa* a la mentalidad, las preocupaciones e intereses de las noblezas europeas.
2. El segundo vector reconoce el carácter europeo, general, del estoicismo nobiliario. Es un fenómeno internacional que afecta a las elites de todos los territorios del continente, que rompe fronteras políticas, culturales y religiosas. Más aún que internacional, es *cosmopolita*, como lo es la doctrina estoica. El estoico es un ciudadano del mundo, dice Epicteto, y antes Séneca había proclamado que la única patria del sabio es la razón, indiferente a otras servidumbres o fidelidades.

3. Y la tercera premisa apunta a que el yo nobiliario no coincide siempre con el prototipo cortesano.

Y aquí es donde entra en juego la ética estoica, en la manera nobiliaria de relacionarse con la corte, sea como estrategia de comportamiento en el dédalo cortesano, sea como fórmula de rechazo a la corte. El estoicismo legitima el retiro del mundo y el blindaje de ese espacio interior donde el noble encuentra consuelo y se protege de la volubilidad de las ambiciones, de la competencia feroz y de las desgracias, a cubierto en su castillo o jardín interior (recordemos las páginas que dedica Lipsio eal comienzo del libro II de *De Constantia* al jardín físico y espiritual).

¿Por qué la ética estoica es atractiva para la nobleza europea?

1. Porque es una ética elitista, en primer lugar. Los sabios, en terminología estoica, conforman una grey de elegidos a quienes les está reservado el derecho a la felicidad. El exclusivismo de la excelencia casa adecuadamente con la idea de distinción de la nobleza.
2. Porque el estoicismo propone una moral específica para quienes no se consideran sometidos a ninguna ley general, tampoco a las leyes morales, que rigen sobre la mayoría. Es ésta una ética particular que no coincide exactamente con el cristianismo en algunos aspectos esenciales, aunque se tratara de resolver este conflicto con la insistencia en una supuesta armonía entre cristianismo y *Stoa*.
3. Porque define un tipo humano fuerte, seguro de sí, que nunca se equivoca. Todas las acciones de éste modelo están guiadas por la Razón, y ello lo convierte en un ser constante e indiferente al sufrimiento.
4. Porque la ética estoica consuela de las desgracias y protege del sufrimiento si se entiende como un conjunto de recetas de comportamiento. Imperturbabilidad o paciencia son categorías prácticas que pueden aplicarse a las esferas de actuación propias de los nobles, sea el gobierno de su casa, sea la relación con otros nobles, sea su presencia en la corte.

En definitiva, porque el estoicismo construye un modelo humano, ético y operativo, basado en lo heroico, un tipo singular cuya grandeza se mide cuando se enfrenta a las adversidades y que, incluso cuando ve frustrados sus objetivos, aún en el fracaso, saber perder con grandeza. Ética de la excelencia, autorreferencial, potenciadora de la individualidad (la talla del individuo crece cuando se enfrenta en soledad a la maldad del mundo), solipsista si se apura, y que puede servir de plataforma reivindicativa de las libertades de un grupo selecto de elegidos en términos morales y también políticos: eso es el estoicismo aristocrático que arraigó con fuerza en la Europa seiscentista.

El estoicismo, en tanto que moral de la conservación y ética defensiva, se adaptaba bien a un grupo social que trataba de proteger su posición. Si las elites nobiliarias sentían amenazada su manera de entender el mundo y los cambios que se estaban produciendo ponían en peligro su antiguo predominio, el estoicismo se erige la ética de las seguridades, de la inmovilidad, de las certidumbres, apropiada para aquellos que tienen conciencia de su superioridad.

El estoicismo rechaza los cambios, al contrario de lo que la moral del cristianismo había supuesto y la nueva ética de la obediencia al poder iba a suponer. En todo caso, llama a la resistencia interior frente a las transformaciones venidas del exterior, que son entendidas como agresiones; enseña a resistirse a ellas, a soportarlas, a encajarlas sin que penetren.

Ahora bien, como estamos hablando de la interpretación de una ética, o dicho de otra forma, de su recepción por un grupo social determinado, nos estamos refiriendo a una adaptación en la que la pureza exegética o la calidad heurística de este tipo particular de estoicismo no es lo más importante. Quiero decir que no se trata de medir la exactitud de la interpretación nobiliaria de las fuentes estoicas clásicas, sino precisamente de lo contrario: lo que nos importa es el modo en que se interpreta la doctrina en un contexto determinado.

Retornemos a la obra teatral de Tristan L'Hermite, en concreto al momento de la muerte de Séneca. El héroe moral se prepara para iniciar su viaje a la inmortalidad. Sus últimas palabras proclaman que huye de la Fortuna para encomendarse a la Providencia, el destino reservado a los elegidos, el premio del hombre que es verdadero dueño de sí mismo. Sin embargo, no se olvide que estamos contemplando una tragedia, el doloroso final del único aristócrata sabio que habita en la corte del emperador Nerón, y el gran emblema de la conducta estoica. El rigor de sus principios le lleva al suicidio, pero igualmente el motivo de su muerte es una derrota política. Ha fracasado como educador del joven dueño de Roma, también como su consejero y ahora, como hombre íntegro, no le queda más salida que quitarse la vida. Se certifica, en cierta forma, su fracaso en las cosas del mundo. ¿Es una metáfora del destino que aguardaba a la ética nobiliaria enfrentada a la poderosa realidad cortesana?